

Muertes y Maravillas, por Jorge TEILLIER. Santiago. Editorial Universitaria, 1971.

Muertes y Maravillas condensa toda la producción poética de Teillier desde *Para Angeles y Gorriones* (1956) hasta *Crónica del Forastero* (1968), incluyendo varios textos inéditos.

Jorge Teillier (1935) plasma la unidad de su universo poético a través de una tenaz insistencia sobre ciertos temas fundamentales: las raíces del pasado, la valoración de la infancia, la atmósfera de la aldea, la búsqueda del amor, el diálogo con la muerte. El poeta se pasea intranquilo por su pueblo, mira el paisaje y reflexiona; de súbito, se encarama al último tren e instala allí su cuartel. Ante sus vecinos-pasajeros aparece como un muchacho silencioso y solitario hipnotizado frente a la ventanilla.

*Cierro los ojos
y afirmo mi frente enhollinada
en los vidrios de la ventanilla*

(Los trenes de la noche)

En el prólogo ("Sobre el mundo donde verdaderamente habito"), Teillier explica algunas cosas. "La poesía es la universalidad, que fundamentalmente se obtiene por la imagen" (p. 12). "El poeta es el guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores" (p. 14). "Pero sí, quiero establecer que para mí lo importante en poesía no es el lado puramente estético, sino la poesía como creación del mito, de un espacio y tiempo que trasciendan lo cotidiano, utilizando lo cotidiano" (p. 16). Esta pugna entre lo cotidiano y el trabajo exigido para batir el record de lo cotidiano se percibe en cada centímetro de sus versos:

*Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
pero sé que no hay mañanas y no hay cantos de gallos,
abro los ojos, para no ver reseco el árbol de mis sueños,
y bajo él, la muerte que me tiende la mano*

(Bajo un viejo techo)

El hablante "abre los ojos", pero su objetivo explícito es "no ver". La realidad diurna utilizada para salvar de la destrucción el mundo de los sueños. Que conste que hay perfecta conciencia del fenómeno:

*El silencio no puede seguir siendo mi lenguaje,
pero sólo encuentro esas palabras irreales
que los muertos les dirigen a los astros y a las hormigas*

(La última isla)

Los poemas dedicados a la mujer amada lucen extrañamente el signo de la separación, la no coexistencia, el obstáculo. Por lo general, la ciudad ("rosa oxidada") se interpone, esclaviza y encandila a la mujer y obliga al poeta a elegir por fidelidad a sus principios la ausencia:

*Si atraviesa las estaciones
conservando en tus manos
la lluvia de la infancia que debimos compartir
nos reuniremos en el lugar
donde los sueños corren jubilosos
como ovejas liberadas del corral
y en donde brillará sobre nosotros
la estrella que nos fuera prometida*

(Carta de lluvia)

Se coteja la fisonomía de esta mujer o esta otra con el arquetipo guardado en el fondo de su memoria:

*Si pudiera regresar
¿te encontrarías más nítida
que en mi memoria fiel?*

(Si pudiera regresar)

Sólo la primavera es la estación del amor; la palabra "estación" repercute con bastante ambigüedad. No que da precisado por momentos si el poeta alude a la estación primaveral o a la ferroviaria. Mejor dicho, el mensaje final sería: sólo en la primavera se detiene (estaciones) el amor a nuestro lado.

El único vehículo hacia el amor, entonces, lo constituyen las palabras:

*Pero ahora te envió una carta de lluvia
que te lleva un jinete de lluvia
por caminos acostumbrados a la lluvia*

(Carta de lluvia)

Las palabras —simbolizadas por cartas o tarjetas postales— ejercen la misión de persuadir, atrayendo, interesando a la amada en el destierro voluntario del poeta y en su propio impensado destierro.

Quizá una de las notas más interesantes de esta poesía resida en la visión de la muerte:

*La muerte será una hoguera
junto a la cual nos agruparemos*

(Crónica del forastero, IV)

Abundan las referencias amistosas, se prescribe el uso de un vocabulario sencillo al abordarla. La muerte —como el amor— también envía cartas, tiende sus manos. Al final corresponderá tomar asiento en el carruaje de la muerte:

*Debo enfrentar de nuevo al río.
Busco una moneda.
El río ha cambiado de color.
Veo sin temor
la canoa negra esperando en la orilla.*

(Crónica del Forastero, XXII)

Nuestro hablante cancela el pasaje y emprende viaje "sin temor". H. Hesse, por su parte, solía lanzar a las aguas a los personajes

principales de sus novelas (por ejemplo, en *El Juego de Abalorios*). Conviene destacar el contexto folklórico en que se mueve la muerte, aspecto muy unido a la pregunta por los “verdaderos antepasados” y a la historia de la fundación de la aldea:

*Escucho el pitazo del tren
cortando en dos al pueblo.
El pueblo donde pedí tres deseos al comer las primeras
cerezas,
donde me regalaron una lámpara humilde que no he
vuelto a hallar,
el pueblo que tenía unos pocos miles de habitantes
cuando nací,
y fue fundado como un Fuerte
para defenderse de los mapuches
(todo eso era nuestro Far West).*

(Crónica del Forastero, XXII)

ALEJANDRO ROMANO